

El "cuento del lobo":

En Concepción vamos a tener un terremoto, un gran terremoto...

Ricardo Hepp Kuschel
Testimonio para el libro
"Nuestra catástrofe, nuestro renacer",
publicado en Concepción, en junio de 2012

En los dos minutos y cuarenta segundos que abarcó el terremoto conseguimos llegar, aunque con dificultad, desde nuestro dormitorio hasta el *"sitio seguro"* que habíamos identificado (por si acaso...) en fecha previa dentro del departamento. En medio del horror y la incertidumbre, también hubo tiempo para pensar y hablar. *"Si este edificio se desploma, por la dirección del movimiento, es probable que caiga hacia el sur"* -le dije a mi esposa- *"y, para escapar, tendremos que salir por las ventanas que dan al norte"*. En la oscuridad total -eran la 03.32 AM- no veía su rostro, pero muy cerca me susurró al ído: *"no podremos escapar, este es el fin del mundo"*.

En los días siguientes escuché que muchas personas pensaron que el terremoto era el fin del mundo. En esos momentos aciagos vi pasar, de manera fugaz, muchas imágenes y escuché voces de alerta. Vi a nuestros hijos y nietos, a la familia más inmediata, afortunadamente en Santiago, y a los amigos. ¿Habría un tsunami?, ¿entraría el mar por el río?, ¿resistirían las represas del Alto Biobío, o bajaría el agua retenida en Pangue en una monumental avenida copando el lecho? Mi preocupación por el río era válida, ya que el Biobío, con su kilómetro y medio de ancho, fluye hacia el mar a sólo 50 metros del edificio donde vivíamos.

También vi pasar -como en un relámpago- la figura del geólogo Adriano Cecioni. Me pareció escuchar su voz en esa madrugada del sábado 27 de febrero de 2010, en medio del ruido subterráneo, desagradable e inarticulado, que parecía el derrumbe de una caverna, que estaba ocurriendo a nuestros pies. Ya no estaba tan convencido de que el *"sitio seguro"* fuera realmente seguro, mientras escuchaba cómo se destrozaba la loza y algunas porcelanas al caer, los cristales hechos añicos, cuadros descolgados con violencia y mis libros que se iban acumulando sobre el piso, como ordenados por el capricho de la naturaleza.

Pero, no se desplomó el edificio ni fue el fin del mundo.

Luego, tras constatar que estábamos sin luz, sin comunicación telefónica fija ni de celular, sin agua y sin gas, el brillo del sol de verano parecía más generoso. Habíamos sobrevivido una tragedia, que todos sabíamos que ocurriría algún día, pero siempre con la esperanza oculta de no vernos involucrados.

Como si nada extraño hubiera ocurrido, o tal vez porque lo inesperado había ocurrido, volví a acordarme del geólogo Cecioni. Doctor en Ciencias Geológicas por la Universidad de Pisa -la ciudad de la torre inclinada, en su Italia natal- Adriano Cecioni Raspi era profesor del *Departamento de Estudios de la Tierra*, de la Universidad de Concepción. Y un buen amigo. Lo había conocido años atrás, cuando yo dirigía el diario *El Sur*. Hablábamos de temas de su especialidad, que a mí me parecían recubiertos de enigmas: terremotos, erupciones volcánicas, colisión de placas tectónicas y tsunamis. Sus relatos sobre el comportamiento de la Tierra, de la fuerza de la naturaleza y de los efectos de estos "eventos" -como él los denominaba- que el hombre no puede prevenir ni controlar, me recordaban la fuerza de la narrativa de Julio Verne o de Emilio Salgari.

Muchas de estas conversaciones sólo fueron eso, conversaciones de café, pero otras están publicadas en las páginas del diario, casi siempre con la advertencia de Cecioni: "*aquí, en Concepción, vamos a tener un terremoto, un gran terremoto...*".

Solía comentar que la gente se había olvidado lo que fue el terremoto del mes de mayo de 1960. Claro, sólo los mayores podrían recordar lo que ocurrió en Concepción ese 21 de mayo, y un día después, en Valdivia. Pienso que la misión de Cecioni era alertar a los más jóvenes sobre los riesgos de un terremoto y maremoto en la zona. Pero, como suele ocurrir, muchos percibían sus advertencias como el "*cuento del lobo*": ... "*¡cuidado, que viene el lobo!, ¡allí viene el lobo!*", pero nadie toma la advertencia en serio, hasta que aparece el lobo, y se da el festín con las ovejas de los pastores.

Adriano Cecioni había llegado de niño a Chile y no tardó en convertirse en un chileno más, de corazón, que -sin embargo- nunca pudo ocultar su acento italiano ni la pasión mediterránea que ponía al servicio de todo lo que quería decir.

Experto en geología ambiental, riesgos geológicos y geología aplicada a la ingeniería, trabajó en investigaciones relacionadas con los "eventos" (léase terremotos, erupciones, fallas geológicas y

tsunamis) de mayor relevancia en el país y el extranjero. Por años planteó a distintos gobiernos nacionales y regionales la necesidad de contar con un sistema de Alerta Temprana de Tsunami, instalado en el litoral de la Región del Biobío. Estuvo a punto de conseguirlo un año antes del terremoto de febrero de 2010, pero una vez más hubo que postergar el proyecto. Aun así, su insistencia pudo salvar muchas vidas, porque los ribereños tenían –al menos- información sobre los puntos más vulnerables, y pudieron escapar con sus familias hacia las partes más altas de las caletas, e incluso en ciudades, como Talcahuano, Lota, Coronel y Tomé.

Buscando apoyo para sus proyectos se acercó en 2009 a la Universidad San Sebastián (USS) y en los últimos días de noviembre –sólo tres meses antes del terremoto- la sede Concepción convocó a un seminario de interés general sobre catástrofes naturales, junto al Centro de Estudios e Investigaciones Militares, Cesim; con la participación de autoridades, académicos y expertos civiles y uniformados. Yo ya me había retirado del diario *El Sur*, pero las circunstancias volvieron a juntarnos.

Adriano Ceciconi fue uno de los oradores principales y compartió una mesa de expertos para discutir la integración público-privada en la ocurrencia de una catástrofe natural. En otros términos, el seminario convocado por la USS pretendía establecer si en la eventualidad de un terremoto, las autoridades regionales y los servicios e instituciones vinculadas al socorro de la comunidad podrían actuar de común acuerdo y con la celeridad necesaria.

Un académico vinculado al Cesim analizó el marco legal de la participación de las Fuerzas Armadas en situaciones de catástrofe. Ejecutivos de las grandes empresas abordaron el tema de la evacuación de sus trabajadores y cómo enfrentar los daños que un terremoto y eventual tsunami podrían producir en el proceso productivo con los peligros asociados. El director de Onemi habló de las medidas de protección de la población y la Segunda Zona Naval se refirió al apoyo que podría prestar a la comunidad ante una emergencia.

(¿Cuán preparados estábamos? Tres meses más tarde, el 27 de febrero de 2010, la región del Bío Bío sufrió el impacto demoledor de dos de los "eventos" de Ceciconi, y Concepción y el frente marítimo portuario vivieron 48 horas de desgobierno, pillaje y saqueos, hasta que las autoridades centrales autorizaron a las Fuerzas Armadas a tomar el control de la seguridad en la zona. En el ámbito empresarial, la Refinería de Petróleo de Talcahuano, ex Petrox, vivió momentos de mucha tensión -no exentos de heroísmos, que han quedado en el

anonimato- de trabajadores que no abandonaron sus puestos y consiguieron cerrar el proceso, controlar el fuego y alejar el peligro de incendio y de explosión. La acería de Huachipato también tuvo personal que logró controlar al Alto Horno, en lugar de huir. En la madrugada del 27 de febrero, la Segunda Zona Naval quedó devastada, sin capacidad de acudir de inmediato en apoyo de la comunidad; Onemi estuvo ausente, sin personal ni recursos, y las autoridades regionales carecían de elementos de comunicación y de juicio para actuar).

En el auditorio central de la Universidad San Sebastián en Concepción, Adriano Cecioni Respi tuvo un papel muy destacado. A media luz y de frente a un gran mapa proyectado en la pantalla, que mostraba Talcahuano, la península de Tumbes y gran parte de la bahía de Concepción, repitió lo que yo le había escuchado tantas veces. Con voz pausada, con el propósito de subrayar su advertencia, dijo:

“Señores, en Concepción vamos a tener un terremoto, un gran terremoto..., que muy probablemente estará acompañado de un tsunami, que se aproximará a nuestra costa desde el noroeste. Quiero pedirle a la Armada que muestre los planos de inundación de Talcahuano”.

Las más de trescientas personas invitadas al seminario quedaron sumidas en un silencio expectante, casi alarmante, cuando fueron apareciendo las imágenes de la cota de inundación.

Cecioni entregó argumentos geológicos e históricos que avalaban su advertencia y pidió que en la discusión se abordara el tema de cómo evacuar a tiempo a las miles de personas que se verían afectadas por el terremoto, pero principalmente por el tsunami. También señaló el impacto que tendría el maremoto sobre la península de Tumbes, caletas pesqueras de la zona, Dichato y Cobquecura, y se preguntó si la Onemi regional tendría coordinado el apoyo de bomberos, la asistencia oportuna de médicos, enfermeras y paramédicos y *“sangre segura”*, si los empresarios habrían pensado en cómo evacuar a sus trabajadores, para evitar un desastre humano mayor, y evitar los riesgos del agua es sus procesos industriales.

El auditorio volvió a sumirse en el silencio. Quienes vimos -una y otra vez- los planos de inundación entendimos que la simulación podría ser real. Y, sólo hubo respuestas vagas para las preguntas del geólogo.

Adriano Cecioni vivió su "gran terremoto" y pudo verificar que el tsunami no sólo ingresó a la bahía de Concepción en dirección noroeste, como lo había predicho, sino que pudo constatar que el agua cubrió los sectores que figuraban en los planos de inundación que había trabajado con la Armada. También pudo constatar en los días siguientes -como todos nosotros- que Concepción, Talcahuano y la región no estaban preparados ni coordinados para una catástrofe natural de gran evergadura.

Se había repetido el "cuento del lobo".

Post scriptum:

Adriano Cecioni murió diez meses después del terremoto de un cáncer de colon, que apagó rápidamente su vida, cuando tenía 64 años. Su gran "evento" ocurrió con dramática precisión. Muchos lo recordamos con afecto y respeto, porque sus palabras que parecían alarmistas en tiempos normales cobraron dramática realidad en la madrugada del 27 de febrero de 2010 y permitieron salvar muchas vidas.